

TLAXCALTECAS IMAGINARIOS Y TLAXCALTECAS REALES. DOLORES IDENTITARIOS EN UNA PATRIA MESTIZA¹

Guy Rozat
INAH-Veracruz
Contacto: grozat@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3263-9672>

Resumen

Para explicar mi interés por Tlaxcala se pueden argüir de varias razones académicas y no solamente porque he escrito y enseñado durante años sobre el tema de la conquista, y por lo tanto me topé más de una vez con Tlaxcaltecas, aunque no siempre fue fácil distinguir si se trataba de tlaxcaltecas reales o tlaxcaltecas imaginarios. Otra razón de mi interés podría ser debido al hecho de que fue en este pequeño estado de Tlaxcala donde tuve mis primeros encuentros con ese *México profundo* tan querido por Guillermo Bonfil, cuando, recién llegado a México, acompañaba, hace 40 años, a una compañera antropóloga que estudiaba las danzas tradicionales de este estado.² Íbamos por pueblitos y rancherías encontrando las cuadrillas de danzantes, observando y registrando sus tradiciones y, evidentemente, compartiendo algo de su vida cotidiana y alimentos.

Palabras clave: Tlaxcala, Mestizos, Historiografía, Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxóchitl

Abstract

To explain my interest in Tlaxcala one can, argue from several academic reasons and not only because I have written and taught for years on the subject of the conquest, and therefore I came across Tlaxcalans more than once, although it was not always easy to distinguish whether they were real Tlaxcalans or imaginary Tlaxcalans. Another reason for my interest could be because it was in this small state of Tlaxcala where I had my first

¹ Este texto fue presentado como ponencia en el *Foro Historia de Tlaxcala: entre estigmas y mitos* que se llevó a cabo los días 8, 9 y 10 de octubre del 2014 en el Jardín Botánico de Tizatlán, en la ciudad de Tlaxcala capital. Este texto nos pareció todavía vigente y por eso lo retomamos para este número de *Graphen*.

² Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.

encounters with that deep Mexico so dear to Guillermo Bonfil, when, recently arrived in Mexico, I accompanied, 40 years ago, a fellow anthropologist who was studying the traditional dances of this state. We would go through small towns and ranches, meeting the dancing groups, observing, and recording their traditions and, evidently, sharing some of their daily life and food.

Keywords: Tlaxcala, Mestizos, Historiography, Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxóchitl

Tanto mi aspecto físico general como mi español champurrado me incluían en la categoría de “gringo”. Ese término, que aborrecía en esa época, me parecía que imponía una extraña barrera con los asistentes. Pero, finalmente, entendí rápidamente que, de hecho, en ella se incluía a todos los no mexicanos. De todas maneras, estas pequeñas estancias fueron muy enriquecedoras. También, tengo que contarles que en uno de estos viajes nos reunimos con antropólogos e historiadores de Tlaxcala y, al hilo de la noche y de los brindis con ron, que era lo que hacíamos en esos años, nuestros amigos tlaxcaltecas empezaron a abrir sus corazones y quisieron a toda fuerza convencernos de que no eran traidores. Para mí, recién llegado de otro lejano mundo, era evidente que no lo eran, pero aunque yo les afirmé con fuerza que para nada yo podría considerarlos como tales, esto no calmaba el flujo de dolor identitario que la herida imaginaria de esa pretendida traición les provocaba.

Lo doloroso de estas protestas fue, para mí, durante los días siguientes —y hasta la fecha—, un importante motivo de reflexión sobre la identidad no sólo de los tlaxcaltecas, sino, también, de la constitución de la identidad de los mexicanos en general. Porque es evidente que esa identidad doliente particular de los tlaxcaltecas sólo podía existir en el cuadro más general de una identidad nacional ambigua y también bastante dolorosa.

Historiador e historiógrafo

Hace 60 años que empecé a estudiar la historia de México, al principio, no tanto porque creyera que pudiera yo escribir algo “nuevo” sobre esa larga Historia, sino, más bien, porque rápidamente me di cuenta de que muchas partes de ese relato nacional eran muy ambiguas y me parecían que habían sido redactadas con una tinta bastante colonial.

Última precisión antes de ir más lejos. Muchas veces me siento con la necesidad de aclarar que soy más un historiógrafo que un verdadero historiador. Esto significa que me

considero como una especie de detective que busca, más que encontrar una “verdadera” historia; intentar aclarar cómo los historiadores, antiguos y modernos, se sacan de la manga trozos de textos, discursos imaginarios, testigos, imágenes, explicaciones, en fin, generan grandes interpretaciones a fin de constituir sus obras “científicas”.

Esta lupa del historiógrafo intenta mostrar, finalmente, los tejes y manejes que producen Historia. El historiógrafo no se deja fascinar, por muy brillantes que sean, por las grandes reconstrucciones del pasado, sino que intenta entender cómo éstas se vuelven posibles en la mesa del historiador, y, después, son aceptadas por los pueblos, así como multiplicadas y repetidas de manera incesante por las instituciones de educación y de cultura durante varias generaciones. Es decir, que llama la atención sobre estas explicaciones históricas bien conocidas y que no tienen, a veces, otro fundamento que su eterna repetición. Como decía la abuelita de mi ayudante: «repite muchas veces una mentira y se volverá verdad». Resumiendo, es muy probable que todas las grandes verdades de la historia mexicana, y de otros países, sean siempre fábulas inventadas en diferentes momentos y, por lo tanto, el trabajo del historiador-historiógrafo es el de dar cuenta de la mecánica de esa invención, de su permanencia y de su reconfiguración a lo largo de los siglos.

Las fuentes de historias

Al origen de la historia de México, como de la historia de muchos otros países, existen obras “clásicas”, “fundamentales”, “imprescindibles”, sobre las cuales casi nadie se interroga, ya que se han vuelto obras canónicas, casi “palabra de Dios”, y más si han sido escritas o compiladas por santos varones o personajes eminentes. Son las fuentes de verdad de las cuales mana una supuesta “historia verdadera”.

Si lo piensan ustedes un instante, pueden entender cómo los primeros cronistas, frailes, misioneros, soldados, administradores, etcétera, que “cuentan cosas” sobre estas tierras y sus habitantes no destinan sus escritos a la gente americana autóctona. Sino que, más bien, siguen generalmente órdenes de sus superiores y son destinadas a la Corona. Son escritos que sirven para la inclusión y administración de los nuevos territorios en el imperio hispano. Por lo tanto, estos textos “de historia” proponen un relato escrito para y por el vencedor, y esto no es un defecto colateral, sino su objetivo principal.

Todo esto quedaría muy claro si no intervinieran en México, o en Perú, por ejemplo, algunos otros personajes curiosos, cuyos intereses pudieran parecer más ambiguos; los supuestos “historiadores mestizos”. Por ejemplo, todos ustedes conocen la *Historia de Tlaxcala* escrita por ese famoso “mestizo” Muñoz Camargo.³ Conocen a este personaje que evidentemente sólo puede ser el hijo de una princesa tlaxcalteca y de un conquistador hispano; lo de hispano equilibrando lo de princesa. No vamos aquí a dudar de que cuando ocurrió la conquista, se hayan mezclado los bravucones hispanos con las bellezas americanas; los temperamentos ardientes de unos y otras produjeron muchos frutos, ya sea por consentimiento o por violencia.

Es decir, que no podemos negar que estos movimientos de conquistas y de colonización producen una población biológicamente mestiza. Pero sí podemos interrogarnos con mucho cuidado sobre la naturaleza de esa etiqueta “mestizo” aplicada a un cierto individuo y, más aún, sobre un tipo de escritura de historia. Esta etiqueta nos obliga a pensar cuál sería la diferencia de ese género de historia con la otra, la de la historia “a secas”, y más si este supuesto “historiador mestizo” se considera a sí mismo —más bien— como hispano, y marca su clara diferencia con los “indios”.

Es interesante que durante los siglos coloniales la categoría mestizo no parece reivindicada por los tlaxcaltecas, al contrario, se tiene la impresión de que 20 o 30 años después de la conquista los nuevos “verdaderos tlaxcaltecas” reivindican, más bien, una radical autoctonía en el sistema de la doble república, de la misma manera que los españoles construyen sus jerarquías, inventan y consolidan su poder colonial. En los antiguos pueblos autóctonos decimados por terribles epidemias, ciertos individuos aprovechan la coyuntura histórica para inventarse linajes y una antigua nobleza. Es muy probable que pequeños hispanos sin alcurnia sólo tengan éxito en su estrategia de ascensión social en la república de indios, y más si pretenden haberse casado con princesas indias, estándoles vetado el camino en el mundo hispano por su oscuro origen. Ello sin olvidar que ese trabajo de reacomodo se confirma a través del derecho hispano y de sus instituciones.

La escritura de una historia propia de estos grupos que dominan ahora la república de indios se vuelve imprescindible. Es por esa situación de urgencia social que podemos

³ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala (Ms. 210 de la Biblioteca Nacional de París)*, paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García; con la colaboración de Javier Lira Toledo, México, UATx-CIESAS, 2013.

desconfiar mucho de toda esta documentación que encontramos sobre ciertos linajes y fundaciones antiguas. Durante dos siglos, la fabricación de falsos títulos de posesión de tierras y poderes diversos se multiplica para justificar el ascenso y dominio de nuevas familias. No se extrañen, no es una especialidad tlaxcalteca ni americana. Los especialistas de la Edad Media europea consideran que probablemente más de la mitad de los textos y cartularios medievales de los archivos de los conventos son apócrifos. Palabra muy bonita para decir que son “falsos”, ya que fueron redactados muchas décadas, y, a veces, siglos, después de los eventos relatados. Hasta la burocracia romana, para imponer su poder a los poderes reales de toda la cristiandad, se inventó un texto llamado la «Donación de Constantino», en el cual, se suponía, que el primer emperador “cristiano”, Constantino, había entregado la supremacía del poder a dicha iglesia.⁴

La necesidad de una *Historia de Tlaxcala* se inscribe en esa dinámica de reivindicación y afirmaciones del poder de las nuevas élites coloniales autóctonas, mezcladas o no biológicamente, con hispanos. Este debe ser nuestro punto de partida, porque, además, en esa época, la historia no tiene por finalidad primera decir la verdad; una historia así sólo nacerá en el siglo XIX. Antes bien, la historia es un relato con finalidades morales justificando las jerarquías sociales.

Ésta es una historia teológica antes que todo, ya que es Dios quien manda en el mundo; él establece y destruye los reinos en función de sus designios secretos. Es por eso que los españoles, más conscientes durante todo el periodo de la Colonia, reconocen que, de hecho, es Dios quien permitió la conquista; y, si la permitió, de la misma manera Dios es ahora el garante de la legitimidad del orden político colonial establecido. Es por esto que los eruditos que intentaron construir una “historia indígena” hicieron de la cristianización el punto central de su historia, retomando las grandes articulaciones bíblicas de la Historia Sacra.

En resumen, todos los que intentan escribir historias en los siglos XVI y XVII tienen, por finalidad última, incluir las tierras americanas recién encontradas en una historia general salvífica que es la del cristianismo.

⁴ La falsedad del documento fue establecida por Lorenzo Valla hacia la mitad del siglo XV. Había sido probablemente forjado por los clérigos de la curia romana hacia la mitad del siglo VIII cuando los papas quisieron volverse también príncipes y tener estados propios. Ver: Lorenzo Valla, *Refutación de Constantino*, edición de Francisco Sevillano y Antonio Biosca, Madrid, Akal, 2011.

¿Mestiza la historia de Tlaxcala?

Esta ciudad juega un papel importante y ambiguo en la memoria colectiva de México, y la presentación de dicho texto como mestizo, como todo lo que toca a esta ciudad, nos interpela.

Para ciertos historiadores nacionalistas del siglo XX, la figura del “historiador o cronista mestizo” es necesaria para construir un puente directo para una supuesta transmisión de la “palabra” indígena, porque éstos siempre necesitan inventarse depositarios-transmisores —siempre muy dispuestos— de verdades ancestrales. De ahí la importancia de éstos, no tanto como historiadores y de que estas obras se estudian poco, sino como mestizos indispensables al “trufrú retórico” que necesitan realizar para apuntalar la ideología del México Mestizo.

Como aquí no buscamos refundar el viejo nacionalismo mexicano, nuestra mirada puede ser algo “crítica”. No es que no haya que leer esa obra, *La Historia de Tlaxcala*, al contrario, debemos releerla con nuevos lentes, es decir, pensar su composición, su destinación, su lógica textual, sus fuentes, su “horizonte de producción”, el papel social desarrollado por su autor, etcétera. Entran en esta crítica radical, también, los personajes ostentados, sus acciones, las justificaciones históricas que se nos presentan. No hay una línea del texto que pueda ser investida de verdad *a priori*. Finalmente, tenemos que olvidarnos de la estampilla “mestiza” si queremos entender algo de su contenido, porque es evidente que su sola presencia introduce un sesgo fundamental en la comprensión de la obra.

Mi punto de partida es considerar que esa obra no es “mestiza”, ni puede serlo, y esto aunque haya sido escrita por alguien producto del primer mestizaje que ocurrió en los primeros años de la conquista, ya que existe consenso de que tuvo una madre americana. En buena lógica son los investigadores que la consideran mestiza, los que deberían explicarnos cuáles son los criterios de historicidad específicos que fundarían esa práctica historiográfica mestiza porque la historia, al contrario de lo que a veces se dice, no mana con la leche.

¿Que sería ser tlaxcalteca en el siglo XVI?

Muchos autores han confundido una voluntad de participar de la constitución de una identidad tlaxcalteca en el siglo XVI, con la defensa del antiguo mundo americano, y de una supuesta identidad anterior. Pero, creo, que tenemos que pensar que esa identidad tlaxcalteca que nos ofrece Muñoz Camargo es una invención discursiva típicamente occidental, y no puede ser otra cosa, porque en esa elaboración mítica se trata de incluir el ente Tlaxcala, recién creado, a través del discurso de la alianza con los hispanos, y su supuesta “república aristocrática” indígena en la gran gesta de la conquista. Inventándose como nuevo grupo en el poder colonial, también tiene que inventarse ancestros dignos de figurar en la lógica teológica del poder hispano.

Aunque lo hubiera querido —y toda su obra demuestra que esta idea descabellada jamás le pasó por la mente—, no hubiera podido defender los antiguos valores y costumbres americanas. Tiene, como ya lo dijimos, que participar de ese movimiento general de creación de legitimación colectiva, emprendido por ciertos grupos de la nueva elite indígena en su acceso a la cima del poder colonial. También, me parece que para que hubiera sido posible que emergiera una escritura mestiza positiva, productora de identidad, hubiera sido necesario que existiera, en la primera mitad del siglo XVI, una cultura global en la cual esa idea del mestizo —que es la nuestra desde el siglo XX—, existiera y fuera suficientemente positiva para justificar la creación de una “historicidad mestiza”; lo que está lejos de ser el caso en el siglo XVI.

Ya que —entre otras cositas menores—, se hubiera tenido que reconocer, en esta época, que la naturaleza del papel de la mujer era igual o similar al del hombre en la concepción y reproducción de los sujetos. Un mestizo armónico debería así considerar un cierto equilibrio entre este hombre y esta mujer. Estamos muy lejos de esto en la tradición hispana de la época, y generalmente occidental, que beben de las mismas fuentes grecolatinas.

La mujer es, antes que todo, un ser incompleto; su papel en la generación es ambiguo; pocos piensan que ofrece un elemento positivo, y la convicción general compartida es que la hembra es sólo un terreno fértil para que se desarrollen “los espíritus” contenidos en el semen del macho. Todo lo apreciable, lo positivo en la formación de un individuo proviene del padre, pero, al contrario, la mayoría de los defectos en los productos humanos están

generalmente asociados a la naturaleza femenina —física o moral— que impidió que se desarrollasen positivamente las potencialidades del semen del macho.⁵

La mancha de la bastardía

La existencia de dos “Martín Cortés” me parece un síntoma de esa imposibilidad de reconocimiento auténtico, inmediato, del mestizo. Llama la atención que Cortés haya dado a dos niños el mismo nombre; el primero, hijo de la barragana⁶ Malinche, y, el segundo, hijo de la heredera hispana, su mujer legítima. Si tienes ya un hijo llamado Martín: ¿por qué llamar otro con el mismo nombre? ¿Solo para honrar a tu padre 2 veces?

Hernán Cortés, oficialmente, se casa 2 veces; y las dos veces con europeas. Considerando el temperamento bastante “generoso” de Cortés, sabemos que tenía sus barraganas y sus queridas y que le nace por lo menos una hija. Tampoco se sabe, y es sintomático de la época en la cual las mujeres cuentan tan poco y más si nacen como productos adulterinos, si esa hija, Catalina Pizarro, nació en 1514 o 1515, en Santiago de Cuba; o algunos años más tarde en la Nueva España. Es, aparentemente, la primera de sus bastardos, por lo menos, de los conocidos. El segundo es nuestro Martín Cortés, nacido en 1522, hijo de La Malinche; otro será Luis Cortés, nacido en 1525, hijo de otra mujer española, también poco conocida. Además de éstos, parece que Cortés tuvo otra hija, Leonor, con “la hija de Moctezuma II”; y otra más con una princesa azteca desconocida según el testimonio de Bernal; y, probablemente, muchos otros y otras, que las biografías del gran fecundador hispano olvidaron mencionar.

Triunfador, Cortés se casa en abril de 1528 con doña Juana Ramírez de Arellano de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del Duque de Béjar. Esa unión y el título de Marqués del Valle consagran su inclusión en la aristocracia. Con esta aristócrata procrea, por lo menos, seis vástagos. El tercero es el que nos interesa aquí: el llamado Martín. Es el único sobreviviente y el único hijo legítimo; el otro hijo, Luis —otro Luis—, muere a pocos días de nacer. Este segundo hijo llamado Martín será el que se volverá el segundo Marqués del Valle. Cortés se preocupará, también, por conseguir enlaces matrimoniales dignos para

⁵ En el caso de la aparición de algunos defectos monstruosos en el recién nacido, durante siglos se los atribuyeron a la mujer y a sus “pecados”.

⁶ Concubina.

sus hijas con la hispania de alcurnia; trabando alianza con diversos segmentos de la nobleza castellana, necesitados del dinero de los “indianos”.

Cortés se considera a sí mismo como *hidalgo*, es decir, que aspira a ser reconocido como de una cierta nobleza; aunque en España existen centenas de miles como él existen soldados sin fortuna o casi existen, que pretenden ser “hijos de algo”. La diferencia es que él, Cortés, se forjó un destino excepcional y siguió vivo para disfrutarlo. Su padre se llamaba Martín; y, llamando a sus dos hijos Martín, se puede suponer que pretende establecer una relación entre su éxito presente y lo que pretende ser sus raíces “nobles”. Es su triunfo político-militar que le permite reforzar la supuesta antigua nobleza originaria y, también, le permitirá afianzar ese nuevo poder político con sus alianzas con la aristocracia hispana.

Pero lo que queremos pensar aquí no son sus éxitos como macho fecundador y/o su ascensión social, sino el hecho de tener dos hijos, poniéndoles el mismo nombre, Martín, lo que no puede ser una casualidad. Me parece que con el primero, nacido en un tiempo aún de guerra y furor en el cual su poder, no estaba aún afianzado ni su vida asegurada; ponerle el nombre de Martín al hijo de “La Malinche”, era establecer una genealogía directamente en relación con sus orígenes; aunque la madre haya sido una mujer indígena, pero princesa según Bernal. Años después, su triunfo reconocido y titulado, puede re-empezar a construir una nueva línea genealógica mucho más relevante, pero, esta vez, con una española aristócrata. Llamar a su hijo Martín —otra vez—, me parece una manera de borrar el origen ambiguo del primer intento genealógico. Es cierto que el primer Martín será legitimado como sus dos primeros bastardos, Luis y Leonor, por medio de una Bula de Clemente VII en 1529, y podrá, así, adquirir derechos reconocidos; pero el que sucede efectivamente a Hernán Cortés como marqués será el segundo Martín, no el “mestizo”, el primogénito.

Lo que pretendo decir aquí es que un bastardo, aun en ciertos casos oficialmente reconocidos por la Iglesia y el Estado, sigue siendo un bastardo, y si tiene derechos como “reconocido”, es preminentemente por la sangre de su padre, pero, sigue efectiva la descalificación de la mancha uterina. Y el abandono de la madre, “La Malinche”, de ese bastardo reconocido, a pesar de todos sus méritos ganados en la conquista, es bien otro síntoma de la poca consideración a las progenitoras.

La retórica exaltación del mestizo

La exaltación del mestizo es una necesidad del modelo nacionalista mestizante del siglo XX. No podemos confundir la mezcla realmente ocurrida en el siglo XVI y posteriores, entre indios, españoles y también africanos, con la construcción ideológica de un nacionalismo mestizante en el siglo XX.

Hoy es evidente que la ideología del mestizaje en el nacionalismo mexicano es el taparrabos del racismo contemporáneo. Construido sobre ese sofisma: no puede existir racismo en México, ya que, en cierta medida, somos todos mestizos; en las venas de cada mexicano corre, en proporciones diversas, sangre india, negra u otra. Aunque eso sea exacto, no podemos confundir el producto de esas mezclas que fascinaron al discurso clasificador ilustrado con la representación del mestizo en la ideología nacional del siglo XX.

La preocupación por practicar la mezcla de “razas” proviene del mundo animal. Ahí sí se trataba de mejorar animales como borregos, caballos, perros, etcétera. Pero, para Occidente, en lo humano la idea de la mezcla repugnaba sistemáticamente, tanto en lo físico como en lo moral, retomando las maldiciones contenidas en el Antiguo Testamento para la protección de la pureza del pueblo elegido (Deuteronomio 7, 1-4)⁷. Ya desde el siglo XV sabemos cómo se extiende la sospecha sobre los judíos conversos.

De hecho, desde el siglo XVI hasta la segunda mitad del XIX, los tres paradigmas de la representación “mestiza” dominante en Occidente fueron: “animalidad, hibridez, esterilidad”. Cuando se trataba de mestizos humanos dominaban las imágenes asociadas con la degeneración fisiológica, biológica, intelectual y moral. En Europa se publica una abundante literatura, a partir de la segunda mitad del XVIII, obsesionada con la unión ilícita, sexual y moralmente reprobada entre amos y esclavos, hombres blancos y mujeres salvajes, etcétera. El producto de esa unión, el mestizo, se encuentra, así, en el centro de una red de prejuicios desfavorables. Innumerables novelas —francesas, inglesas y españolas de la primera mitad del XIX—, son estructuradas sobre este “peligro del mestizo”. Nacido por el mal bajo el signo de Satanás, el mestizo es un monstruo físico y

⁷ En el texto del Deuteronomio, 7, Yahvé promete a los israelitas la posesión de la tierra prometida y les anuncia que siete pueblos poderosos intentarán aplastarlos pero ellos los vencerán. Pero no deberán jamás mezclarse con éstos: “Tu no contraerás matrimonio con ellas, tu no darás tu hija a sus hijos ni tomarás su hija para tu hijo”.

moral; en él se reencarna todo el potencial simbólico de la figura de Caín, el primer asesino.⁸

En la segunda mitad del XIX, teóricos racistas intentan aún demostrar que la hibridación es un obstáculo de la evolución óptima de la especie humana. Si los hombres se cuidan de las mezclas aleatorias en sus rebaños, tanto más deberán cuidar a su propia reproducción. La raciología nacerá de esas premisas. Un sociólogo francés de finales del siglo XIX, Gustave Le Bon, puede escribir que los mestizos:

jamás han hecho progresar una sociedad, el único papel que pueden hacer es degradar, rebajando a su nivel a las civilizaciones de las que los hizo herederos el azar. De eso tenemos un ejemplo que perdura todavía en las actuales poblaciones hispanoamericanas. La mezcla de la ardiente raza española del siglo XVI con razas inferiores ha dado origen a poblaciones bastardas, sin energía, sin porvenir, y completamente incapaces de contribuir con el más débil contingente al progreso de la civilización.⁹

Este “científico social” no hace más que recuperar una idea común desde la segunda mitad del XVIII, cuando, por ejemplo, ya Cornelius De Paw escribía, hablando de los americanos:

una insensibilidad estúpida compone el fondo del carácter de todos los americanos: su pereza les impide estar atentos a las instrucciones, ninguna pasión tiene suficiente poder para agitar su alma y levantarla sobre sí misma. Superiores a los animales, porque tienen el uso de sus manos y de la lengua, son realmente inferiores al menor de los europeos: privados a la vez de inteligencia y perfectibilidad, obedecen sólo a sus instintos. Ningún motivo de gloria puede penetrar en su corazón: su cobardía imperdonable los mantiene en la esclavitud donde los ha hundido, o en la vida salvaje de la cual no tienen la fuerza moral de salir.¹⁰

Sin embargo, al mismo tiempo que escribió Le Bon, las cosas comienzan a cambiar. A pesar del crecimiento de la racialización de las explicaciones históricas, el mestizo, en ciertos espacios literarios y estéticos, paulatinamente irá apareciendo más y más como una síntesis de los contrarios, su imagen se modifica radicalmente.

Colocado en el confluente de las razas, se vuelve investido de una función mediadora y de casi una misión crística. La historia ideológica y simbólica del mestizaje está hecha de la alternancia y de la inversión de dos grandes conjuntos de imágenes: una lleva hacia el infierno, la otra es redentora.

⁸ Robert Muchembled, *Historia del Diablo: Siglos XII-XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁹ Gustave Le Bon, “L’influence de la race dans l’histoire”, *Revue Scientifique*, abril, 1888, París.

¹⁰ Cornelius de Pauw, *Recherches philosophiques sur les américains...*, Berlín, 1768,

El mestizo del XVI

Pero, si regresamos al mundo del siglo XVI, las ideas sobre la concepción humana en el mundo hispano son aún muy arcaicas. Se repite todavía lo que Aristóteles o Hipócrates habían escrito. Si los partidarios de Hipócrates consideraron que el macho y la hembra emiten, ambos, un semen extraído de todas las partes del cuerpo y, muy particularmente, del cerebro, los seguidores de Aristóteles, al contrario, consideran que el licor expendido por la mujer durante el coito, no tiene ninguna esencia vital.

El principio generador sólo existe en el semen del macho bajo la forma de un fluido etéreo y sutil. El papel de la hembra se reduce a la entrega de sangre menstrual, materia bruta e inerte, pero necesaria para la formación y el alimento del feto. El macho era, finalmente, el ser que engendra en otro ser; la hembra no era más que el ser quien porta, y de quien sale el ser engendrado. El principio de Aristóteles descansa, por lo tanto, sobre la superioridad del macho en el proceso de reproducción. Tomás de Aquino, el gran maestro de la escolástica medieval, recoge la herencia de Aristóteles.

Así, se podía decir que, en tiempos de la conquista, “Cortés tuvo un hijo en Marina”. Es en la semilla del macho que se encuentra la casta, la sangre, la estirpe, el honor, etcétera. Pero, no siempre puede fructificar la semilla; ésta puede degenerar por la falta de fertilidad del mismo terreno. Así, toda falla en la concepción proviene de la culpa de la madre, por lo que se la condenará cuando alumbrara un infante con defectos físicos importantes. La producción del monstruo se podía así adjudicar a la madre pecadora.

En resumen, y regresando a nuestra *Historia de Tlaxcala*, los conceptos de historiador mestizo y, más aún el de historia mestiza, ya no son operativos; y mucho menos para analizar producciones culturales del siglo XVI. Debemos olvidarnos de él de una vez —y para siempre—, así como de las biografías, o por lo menos, de lo poco que se sabe de estos supuestos “mestizos”, además que el análisis de su obras contradicen la posibilidad de tal apelación.

Por otra parte, la unanimidad casi perfecta de los testimonios, como por ejemplo los de los derechos de la madre de Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, otro famoso historiador

“mestizo” que Edmundo O’Gorman propone en el “apéndice VIII” de las *Obras completas* de ese historiador, nos llama poderosamente la atención.¹¹

Otra vez la verdad de los textos, la unanimidad de los testimonios; no quiere decir que lo que se dice en ellos sea auténticamente verdadero, sino que asistimos a la construcción social de esa verdad. En ninguno de los textos del XVI y XVII que nos propone O’Gorman aparece la idea del mestizo, aunque realmente, desde nuestro punto de vista actual, lo son, e incluso, aunque a lo largo de las generaciones la parte genuina de “sangre india” originaria se vaya perdiendo, no les impide reclamar su estatuto de descendientes de hijas de emperadores o reyes como Moctezuma o Nezahualpilli para reforzar su estatuto social de gobernantes en la “república de indios”.

Por eso, tanto Don Alva Ixtlilxochitl como Muñoz Camargo reconstruyen una historia en su propio beneficio y el de su casta. Tienen que sacarse de la manga sus grandes ancestros epónimos o, por lo menos, reconstruirlos de tal manera que esa figura se vuelva autoridad y fuente de derecho. Este último historiador, por ejemplo, da un lugar preeminente en la “alianza de Texcoco con Cortés”, a un tal príncipe Ixtlilxóchitl y a su supuesta cristianización temprana por Cortés; cuando para el relato anterior no hay fuentes que lo corroboren, e incluso, se puede llegar a pensar que ese historiador “se inventó” a ese príncipe, o, por lo menos, recrea enteramente a un personaje muy adaptado a los objetivos del relato.

Pero ya es tiempo de concluir y, creo, que podemos intentar construir un catálogo de lugares problemáticos, más que proponer conclusiones definitivas.

Es evidente que lo más problemático es la naturaleza misma del fundamento de la identidad tlaxcalteca. Hoy es probable que todos, o por lo menos la mayoría de ustedes, se sientan tlaxcaltecas, pero, si entraran en discusión entre ustedes mismos, podrían encontrar diferencias tan considerables sobre la naturaleza de esta identidad que pareciera que esta cosa común podría esfumarse frente a la casi imposibilidad de definirla y circunscribirla. Pero no se asusten, esto no es ningún defecto específico de la *tlaxcaltequidad*, es la suerte de todas las identidades colectivas.

¹¹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas. Incluyen el texto completo de las llamadas Relaciones e Historia de la Nación Chichimeca en una nueva versión establecida con el cotejo de los manuscritos más antiguos que se conocen*, edición, estudio introductorio y un apéndice documental por Edmundo O’Gorman, 2 tomos, México, IIH/UNAM, 1975.

Espero que no se molesten, pero me parece que la primera gran constitución de lo tlaxcalteca fue, antes que todo, el resultado de una construcción jurídica hispana: los tlaxcaltecas aliados de Cortés en la conquista. Aunque la investigación deberá aportar elementos novedosos sobre las posibles formas identitarias tlaxcaltecas de antes de la invasión hispana, no creo que se pueda llegar a conocer con exactitud si existió, antes de esa, una identidad previa que fuese realmente tlaxcalteca, y si no es el efecto colateral del reflejo necesario e inevitable del discurso de legitimación hispano.

Se ha intentado proponer que fue el antagonismo imperial mexicana el que, en cierta medida, fue el artífice de esa primera supuesta identidad tlaxcalteca por su política imperial de opresión. Aun queda, para mí, muchísimo por esclarecer sobre el funcionamiento de esta relación antagonica entre “tlaxcaltecas” y “mexicas” antes de la invasión, porque, también, las identidades mexicas son muy ambiguas y fueron muy manoseadas para la construcción de la identidad nacional.

Pero al contrario, es innegable que una cierta identidad tlaxcalteca se consolide durante —y después— del encuentro bélico y, particularmente, con la serie de privilegios de los cuales se van a beneficiar estos “tlaxcaltecas”, obrando al interior y en la defensa del nuevo poder colonial. En esa época decirse y sentirse tlaxcalteca era algo muy positivo —social e individualmente—. Pero es un título que no va a quedarse atado sólo a un origen histórico antiguo, a una reivindicación de autoctonía, porque se puede volver fácilmente tlaxcalteca, sin haber nacido ni tener relaciones con esa región.

Los historiadores del norte de México, donde grupos de “tlaxcaltecas”, organizados y reconocidos como tales, aseguran la defensa de la frontera de la colonización; y se dan cuenta que pronto los “tlaxcaltecas” son individuos originarios de muchas otras regiones de la Nueva España. Defensores de la fe y del reino; el título de tlaxcalteca ofrece una serie de privilegios que protege a estos mestizos e indios de las ambiciones y violencia de los grandes terratenientes y de la burocracia regional, ya que, de hecho, dependen directamente del virrey. Son como una hermandad al servicio directo del estado español, como los jesuitas eran una hermandad al servicio del papa e independiente de la jerarquía religiosa local.

Es por esto, probablemente, que esta primera forma de identidad es dinámica, positiva y ligada directamente al servicio de los valores morales del cristianismo, lo que explica la importancia de lo religioso en esa identidad.

Podemos pensar que esa forma de identidad tlaxcalteca atraviesa, sin muchos problemas, todo el periodo colonial y que sirve a la pujanza social y consolidación de ciertos individuos o grupos familiares en la región. Sería interesante estudiar cómo los individuos que se reclaman de esta identidad, a finales del siglo XVIII, participan o no de los valores de la Ilustración, cuyo primer objetivo es el fin de todos los privilegios y estamentos, y, por lo tanto, nos permitiría entender la participación de los tlaxcaltecas en las guerras de Independencia. El crecimiento paulatino de una nueva identidad colectiva nacional en la segunda mitad del XIX hace tambalear todos los remanentes de las antiguas corporaciones y privilegios; es la época en la cual va a aparecer, con tantas dificultades, el Estado libre y soberano de Tlaxcala.

La relación ambigua de la identidad nacional con las identidades y comunidades indígenas que intentan mantener fuera del juego político debió provocar fuertes movimientos de resquebrajamiento y reorganización al interior de esta rancia identidad tlaxcalteca.

La Revolución Mexicana, sus ideales liberales y su apoyo al desarrollo del capital agrario, también va a provocar unas fuertes sacudidas en lo que se puede pensar como la reorganización de la identidad tlaxcalteca de fines del XIX, ya que México se vuelve oficialmente un país mestizo orientado hacia el futuro, y lo tlaxcalteca se fundamenta, simbólicamente, en títulos indígenas antiguos. El Estado, volviéndose imponente en el agro, probablemente provoca que la antigua identidad popular tlaxcalteca se refugie aún más alrededor de las iglesias, lo que explica que muchas de las manifestaciones contemporáneas de la representación de lo tlaxcalteca sigan muy unidas al mundo parroquial.

Y si hubiera que resumir todo lo que he dicho, podríamos pensar que si la identidad tlaxcalteca tiene problemas, la identidad nacional mexicana tiene los mismos; si no es que más, y toda revisión histórica de la *tlaxcaltequidad* tiene que ser puesta en paralelo con la constitución histórica de la nación mexicana. No hay salvación en una identidad regional aislada que pudiera ofrecer soluciones propias, y la constitución de una nueva identidad nacional necesita del trabajo de todos los mexicanos, ya sean norteros, jarochos o tlaxcaltecas para el fortalecimiento del país.

Bibliografía

- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas. Incluyen el texto completo de las llamadas Relaciones e Historia de la Nación Chichimeca en una nueva versión establecida con el cotejo de los manuscritos más antiguos que se conocen*, edición, estudio introductorio y un apéndice documental por Edmundo O’Gorman, 2 tomos, México, IIH/UNAM, 1975.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo: una civilización negada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.
- LE BON, Gustave, “L’influence de la race dans l’histoire”, *Revue Scientifique*, abril, 1888, Paris.
- MUCHEMBLED, Robert, *Historia del Diablo: Siglos XII-XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- MUÑOZ Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala (Ms. 210 de la Biblioteca Nacional de París)*, paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García; con la colaboración de Javier Lira Toledo, México, UATx-CIESAS, 2013.
- PAUW, Cornelius de, *Recherches philosophiques sur les américains...*, Berlín, 1768,
- VALLA, Lorenzo, *Refutación de Constantino*, edición de Francisco Sevillano y Antonio Biosca, Madrid, Akal, 2011.